

Europa, Estados Unidos y la hegemonía global

Jean Francois Ponce

*T*erminada la guerra fría la relación entre Europa y Estados Unidos estaría llamada a sufrir modificaciones que van más allá de lo simplemente epidérmico, como se evidenciaría en los límites que comienza a acusar la OTAN. No obstante, y aun a despecho de las distintas prioridades geopolíticas y de la sombra de un virtual conflicto comercial, el autor suscribe y fundamenta la idea de que es necesaria una nueva alianza europeo-norteamericana capaz de influir decisivamente en los destinos de la comunidad internacional¹.

* * *

NADIE NEGGA, DESDE 1945, que la unión de Occidente hizo la fuerza frente al desafío comunista. Los lazos sólidos que, no obstante los desacuerdos, la crisis, no han dejado de unir a los Estados Unidos y a Europa han jugado un rol decisivo en el triunfo de la democracia en Europa, en el fin de la guerra fría y en la disolución del imperio soviético.

La Alianza no sólo detuvo los intentos expansionistas y las tentativas de intimidación militar de la antigua URSS. Consolidando las sensibilidades muchas veces divergentes de Europa y de Estados Unidos, ella permitió elaborar una política firme pero abierta, basada en la disuasión pero proclive al diálogo. Al lado de las armas, se incorporó la fuerza del derecho y de la moral.

El buen sentido conduce a perseverar en una vía que ha dado buenos resultados. Aún más en el presente, cuando los desafíos después del comunismo prometen ser más complejos y más temibles que aquellos de la guerra fría.

Digámoslo claramente: el entendimiento, la cooperación, la alianza entre Estados Unidos y Europa demuestra que es aún más necesaria para el mundo incierto e inestable del mañana, que dentro del universo bipolar de ayer, brutal pero simple y estable. Esta convicción es compartida de los dos lados del Atlántico. No se pone en entredicho la comunidad de destino conjunto que se ha forjado en todos los aspectos —militar, económico, político— en el transcurso de la última mitad de siglo.

Pero las buenas intenciones y una voluntad sólida no son suficientes: Las relaciones trasatlánticas deben reposar sobre las bases sólidas de un análisis en profundidad de las situaciones respectivas y de los intereses a largo

plazo de los dos continentes. Desde luego han sido más frecuentes las apreciaciones superficiales y cambiantes que los juicios durables y serenos. Es suficiente, para poder convencerse, recordar las certezas sucesivas y contradictorias de nuestro reciente pasado. En el espacio de algunos años, los juicios emitidos sobre la Comunidad de los Doce han cambiado totalmente: los que la declararon, en el principio de los ochenta, golpeada por la "euroesclerosis", la calificaron, a mediados del decenio, de "fortaleza" proteccionista, antes de que su mediocre papel en la guerra del Golfo y el drama de Yugoslavia los condujera a denunciar sus divisiones, su impotencia y a predecir que ella no tardaría en caer sobre el peso de Alemania reunificada. Estereotipos siempre aproximados no han dejado de existir también sobre Estados Unidos: admirables por su dinamismo económico a principio de los años Reagan, en irremediable declive a mediados del decenio, y únicos dirigentes del planeta después de la disolución de la URSS.

Comencemos entonces por dejar las relaciones entre Europa y Estados Unidos al margen de las especulaciones gratuitas y de las modas intelectuales. Defendámoslas contra los falsos profetas, los periodistas sensacionalistas y los políticos oportunistas. Intentemos liberar las tendencias profundas y permanentes que les dan forma e identificar las políticas que ellas generan.

Todavía conviene saber que, si las políticas escogidas no pueden ignorar las realidades a las cuales se aplican, regularmente tienen por misión contrarrestar las tendencias dominantes del momento. Recordemos la época después de la guerra. Europa parecía estar destinada a la dominación comunista. La URSS, instalada sobre el Elba, controlaba los partidos comunistas a nivel global, lo cual hacía sospechar que se proyectarían sobre Grecia, Italia y Francia. El viento de la historia parecía, según la expresión de Mao Zetung, soplar del Este al Oeste. Para oponerse a esta tendencia Estados Unidos y sus aliados europeos unieron sus voluntades y sus medios.

¿Existirá hoy, respecto a las relaciones euro-americanas, un "sentido de la historia", una tendencia dominante? ¿Qué política nos sugieren adoptar? ¿Con qué obstáculos tropezaría? ¿Cuáles serán los medios necesarios para ponerla en marcha? Estas son algunas de las preguntas de las cuales depende el futuro de las relaciones trasatlánticas.

Fuerzas centrífugas y seguridad

LOS DISCURSOS DE LOS MINISTROS SON tranquilizadores. Ellos exaltan la necesidad y las virtudes de la Alianza. Pero un análisis frío de las realidades conduce a conclusiones menos optimistas. Revela que las relaciones euro-americanas están desde ahora, y lo estarán aún más mañana, sometidas a fuerzas centrífugas.

De estas fuerzas la principal concierne a la seguridad. Frente al peligro soviético la defensa se constituyó, después de la guerra, en el primer elemento de la Alianza. Desde luego, todo indica que con la desintegración de la URSS, la seguridad, en el sentido en que fue entendida después de 1945,

dejará de ser la mayor preocupación de Occidente. Ciertamente, la paz está lejos de haber sido asegurada y sería ilusorio creer que en adelante los factores económicos serán los únicos en dominar la escena. El drama yugoslavo, la guerra civil latente que se desarrolla en el Cáucaso, las tensiones internas que suscita la descomposición de la URSS, son suficientes para demostrarlo.

Pero es poco probable que Estados Unidos esté dispuesto a intervenir en los conflictos interétnicos que amenazan los Balcanes o a la antigua URSS, como también los que podrían presentarse mañana en ciertos Estados de Europa oriental. ¿Quién puede creer hoy que la opinión pública aceptará que sangre americana pueda ser derramada en esas viejas disputas, de las cuales ninguna afecta directamente los intereses vitales de Estados Unidos?

De allí el dolor de cabeza que paraliza a la OTAN. De un lado americanos y europeos están de acuerdo en querer mantener una estructura exitosa a la cual ellos atribuyen unánimemente su rol esencial para Europa y para el nuevo orden internacional. De otro lado, la Alianza parece inadecuada para intervenir en los conflictos de la guerra civil que amenaza a Europa. Todo indica entonces que si la Alianza se mantiene como "garantía de último recurso" de la paz en Europa, si ella permanece como "el guardián de la noche nuclear" del continente frente a la amenaza de proliferación nuclear que la desintegración de la URSS lleva en sí, ella no podrá ni querrá erigirse en guardián de los desórdenes interétnicos que proyectan su sombra sobre el este del continente europeo.

También hay que decir que deberán ser creados otros dispositivos para consolidar la seguridad cotidiana en Europa. Mecanismos de los cuales Estados Unidos no participará, o mejor, lo hará a distancia. Conclusión: las preocupaciones, las decisiones, las acciones de Europa y de Estados Unidos en el campo de la seguridad, tendrán una tendencia no a oponerse, pero sí a evolucionar en esferas distintas, a establecer medios independientes, en una palabra, a no constituir como ayer el entramado sólido y cotidiano de la solidaridad trasatlántica.

Prioridades políticas

PARALELAMENTE, LAS PRIORIDADES POLÍTICAS y geográficas tenderán, también, a diferenciarse de los dos lados del Atlántico.

En efecto, la mayoría de los comentaristas americanos subrayan a sus interlocutores europeos que Estados Unidos, liberado de la obsesión comunista, consagrará su energía en pensar sus problemas interiores: sistema escolar y bancario, déficit financiero, infraestructuras, ciudades, droga, criminalidad, sida, etcétera. Largo tiempo descuidados, estos problemas ocuparán los espíritus y movilizarán los recursos. ¿Por qué Estados Unidos ayudaría masivamente a la URSS, cuando tiene tantos pobres al interior de sus propias fronteras?

Otro tanto ocurre en lo que concierne a las prioridades geográficas. La guerra fría había colocado a Europa a la cabeza de las prioridades norteamericanas. La desaparición de la amenaza soviética cambia radicalmente las cosas. Estados Unidos se interesará en adelante tanto, si no más, en otras

1/ *Commentaire*, otoño de 1992.

partes del mundo, más próximas, como América Latina, o más presentes sobre la escena económica interna, como el Japón o el sudeste asiático.

En cuanto a Europa, ella mirará, por la fuerza de los problemas, hacia el Este. Buscará por todos los medios evitar que la transición del comunismo a la economía de mercado y a la democracia no desemboque en catástrofes sociales y políticas, se esforzará en contener la explosión de los nacionalismos y la revuelta de las minorías, y hará lo imposible por detener las migraciones masivas que provocan inseguridad, desempleo y hambre. Pero Europa deberá, al mismo tiempo, mirar hacia el sur, donde la ascensión del fundamentalismo islámico constituye un desafío cada vez más serio al albergar sobre su territorio a muchos millones de musulmanes sensibles a las pulsiones venidas de sus países de origen.

Ni Estados Unidos ni Europa se apartarán la una de la otra. Pero tenderán dedicarse a sus propias prioridades y a dejar a su compañero tratar las suyas. Una excepción a esta tendencia será el Oriente Medio. El petróleo de una parte, el conflicto árabe-israelí de la otra, concierne tanto a Norteamérica como a Europa y los obligará a cooperar estrechamente.

El conflicto comercial

PODRÍAMOS TEMER QUE, dentro de este contexto de relativa distancia, las divergencias en los puntos de vista y los conflictos de intereses que existen después de largo tiempo tomen una extensión desconocida, aun mayor que en la época en que la amenaza soviética imponía a todos una solidaridad sin falla. Es ahí donde reside el verdadero peligro que acecha las relaciones euro-americanas.

Entre estos conflictos potenciales el más peligroso es, sin duda, de naturaleza comercial. Ellos tienen en el GATT un impacto temible y la torpeza de los negociadores, vinculada a la habilidad del Japón, han hecho aparecer la última ronda como un verdadero duelo entre compañeros atlánticos sobre el tema de la agricultura.

La postura, no obstante, es de corto alcance: los productos agrícolas sólo representaron el 12% del comercio mundial en 1990, contra el 20% en 1970. Además, el verdadero objeto de litigio —los productos primarios, esencialmente los cereales y las proteínas— fueron más modestos todavía: no representaron sino entre el 3% y el 4% de los intercambios internacionales. En cuanto a los perjuicios, fueron compartidos. Si los sistemas de ayuda a la agricultura son diferentes, los importes invertidos en las obras son equivalentes. La CE desembolsa a sus agricultores más de lo que la administración americana da a los suyos; 97.5 millones de dólares contra 67.2. Pero, volviendo en nombre de los explotadores, el apoyo por agricultor es de 20.000 dólares en Estados Unidos y de 8.000 en Europa (partida más o menos nula).

En estas condiciones —postura débil y apenas recíproca—, un acuerdo debería ser posible. Estados Unidos registra un excedente sustancial (13 millones de dólares en 1991) en sus intercambios con Europa, contrariamente a su comercio con Japón. Pero hay que contar sin las pasiones, las antesalas

y las elecciones. Un jaque es posible. Ciertos afirman que es probable. Las consecuencias económicas y políticas serían catastróficas debido a tres razones; porque el comercio mundial es el motor del crecimiento económico y un fracaso del GATT comprometería la recuperación esperada; porque conduciría a represalias en cadena y, finalmente, a un proteccionismo continental inconveniente a la prosperidad económica mundial en este fin de siglo, como la ola del proteccionismo nacional lo fue en los años 30; y, en fin, porque una guerrilla comercial trasatlántica envenenaría peligrosamente el clima político, aceleraría la separación que se dibuja entre Europa y Estados Unidos y comprometería la imagen de la CE. Desde luego, la comunidad es la nueva realidad sobre la cual hay que construir el futuro de las relaciones trasatlánticas. También es capital, en el caso que durante la ronda de Uruguay no se llegue a las conclusiones positivas que todos esperamos, que no halla una constatación del fracaso sino unas simples jornadas de negociación cuya recuperación deberá ser la primera tarea de la nueva administración norteamericana. En el intervalo las partes se abstendrán de toda iniciativa susceptible de envenenar las relaciones comerciales internacionales.

¿Hacia una nueva Alianza Atlántica?

REMITIDAS A SI MISMAS, es significativo el riesgo de que las relaciones entre Estados Unidos y Europa se vean sometidas a tensiones crecientes que, si no son dominadas, debilitarán peligrosamente a Occidente frente a los desafíos que los esperan.

Se ha tomado conciencia del peligro en los dos lados del Atlántico. El presidente Bush y James Baker* han expresado su voluntad de adaptar la Alianza Atlántica a las nuevas exigencias del poscomunismo. Pero los arreglos propuestos, se traten ellos del equilibrio de las instituciones o de la estructura de las fuerzas, no van al fondo de las cosas y no tienen en consideración suficientemente la amplitud de los cambios que intervienen o que van a intervenir.

Es el momento de avanzar. Ya es tiempo de imaginar una "nueva Alianza". Nueva, porque debe ligar a Estados Unidos, no como hoy, a los Estados europeos tomados individualmente, sino a la comunidad de los Doce tomada como un todo, para asociar ulteriormente al continente norteamericano entero en una unión europea alargada al norte Europeo y al centro. Nueva, porque ella debe tender a una repartición paritaria de las responsabilidades y de las cargas (paridad tanto más lógica ya que el rol de factores económicos está llamado a aumentar y, con él, el peso de Europa en el mundo), por los dominios a los cuales es deseable que la Alianza se extienda, los cuales no deben limitarse a la defensa sino antes bien extenderse al conjunto de los desafíos que piden de parte de Occidente una respuesta solidaria.

* / Nota del Editor: este artículo fue escrito antes de la llegada de Bill Clinton a la presidencia de Estados Unidos.

John F. Kennedy había ya reflexionado sobre una arquitectura atlántica con "dos pilares". También Henry Kissinger. Por varias razones, ella no se ha realizado hasta hoy. Pero la situación nacida de la disolución soviética impone su ejecución. Además no hay que subestimar los obstáculos ni eludir las preguntas de fondo que se han hecho, especialmente en Estados Unidos: ha sido siempre del interés de Estados Unidos favorecer la integración europea; ¿esa unión y la cohesión atlántica son todavía complementarias?

Estados Unidos y la integración europea

LAS OPINIONES EXPRESADAS SOBRE ESTOS ASUNTOS en Estados Unidos unánimemente eran positivas, hace cuarenta años, cuando la integración europea realizaba sus primeros pasos. Hoy ya han dejado de serlo. Son numerosos los que estiman que Europa unida será un compañero receloso, difícil, dispuesto a cuestionar el rol dirigente de Estados Unidos en el mundo, sin asumir ella misma la parte de responsabilidad y las cargas que le incumben, todo lo cual haría que los conflictos se multiplicasen.

Estos temores se unen a una constatación "técnica" concerniente a las condiciones en las cuales la comunidad europea toma sus decisiones. Es raro que los Doce estén, desde el comienzo, de acuerdo entre ellos. Generalmente no logran llegar a posiciones comunes sino después de largos y trabajosos debates. Y cuando el proceso ha llegado al final, les es muy difícil tomar en consideración el punto de vista de sus socios. Ellos adolecen de "rigidez congénita", que convierte en aleatoria la búsqueda de compromiso y amenaza el próspero desarrollo de las negociaciones trasatlánticas. De allí la resistencia de Estados Unidos a dejar a los europeos definir entre ellos, en el centro de la Alianza atlántica, posiciones comunes que tiendan a situar a Washington frente a un hecho consumado.

Los motivos expresados por aquellos a quienes les inquieta el nacimiento de un "bloque" europeo no están, como lo vemos, privados de fundamento. Más sólidas, entre tanto, y más convincentes son las razones de aquellos que aconsejan a Estados Unidos sostener el proceso de integración europea, apoyarse en él y convertirlo en un eje de su política. Podemos resumir sus razones en dos propuestas: 1) sin unión no habrá estabilidad sobre el viejo continente; 2) sin una comunidad integrada, Estados Unidos no podrá encontrar en Europa el compañero que necesita para desempeñar las responsabilidades mundiales que le corresponden.

La inestabilidad que acecha hoy a Europa amenaza también a Estados Unidos, así el peligro sea menos perceptible que el expansionismo comunista del pasado. Desde luego, las causas de esta inestabilidad son profundas: lentitud y azar en la transición económica, sacrificios impuestos a la población; fragilidad de las jóvenes democracias expuestas a la crítica y a las presiones demagógicas; choques nacionalistas; revueltas de las minorías; desintegración de la URSS, etcétera. Frente a estas tensiones, la CE constituye el único polo de estabilidad. Ella sola aporta el 80% de la ayuda económica y financiera que Europa oriental y la URSS reciben; es en su mercado donde los productos del Este deben ser en principio admitidos; y es a las instituciones

de la Comunidad que Checoslovaquia, Polonia, Hungría y muchos otros países sueñan adherirse. Ni la OTAN ni la CSCE se encuentran en condiciones de responder a estas peticiones. Ciertamente, la acción que la Comunidad y sus miembros conducen en dirección del Este parece infinitamente menos eficaz comparada con el plan Marshall, por ejemplo. Sin embargo, las situaciones no son comparables. Europa occidental estaba físicamente destruida pero estaba lista para trabajar por pocos medios materiales que le dieran. La *implosión* que afecta hoy a Europa oriental no es solamente material sino social, moral y humana. Es menor la insuficiencia de ayuda que la ausencia de las estructuras necesarias para empezar a obrar lo que paraliza la economía de los países del Este.

La división de las cargas

COMPAÑERA IRREMPLAZABLE DE ESTADOS UNIDOS para tratar los problemas de Europa del este y de la URSS, la Comunidad también le hace frente a las responsabilidades mundiales que le incumben a Estados Unidos en el universo poscomunista.

Única superpotencia, el país norteamericano no podrá ignorar ninguno de los conflictos o de las tensiones que cuestionan la seguridad, la prosperidad y el medio ambiente del planeta. Replegarse sobre sí mismo será imposible. Negar las responsabilidades impracticable. Pero las reticencias de la opinión pública, confrontada a los complejos problemas domésticos, harán sus intervenciones difíciles, y muchas veces imposibles. Estados Unidos tendrá la necesidad de apoyarse en compañeros dispuestos a compartir responsabilidades y cargas. La guerra del Golfo fue reveladora en cuanto a esto. ¿Estados Unidos no tuvo necesidad, para vencer a Saddam Hussein, de ninguna ayuda militar? ¿Tuvo, por tanto, que actuar solo, sin el apoyo político de una importante coalición y sin el concurso financiero masivo de Alemania, del Japón y de una docena de otros países? Podemos dudar. En el futuro su dependencia será mayor, necesitando compañeros que estén en "pleno ejercicio", capaces de asumir con él no solamente las consecuencias materiales sino también las responsabilidades políticas y morales de las decisiones a tomar y de las acciones a emprender.

Los logros europeos

EUROPA, SOCIA EN PLENO EJERCICIO de los Estados Unidos, ¿es acaso el sueño de algunos visionarios (léase Jean Monet) o un objetivo realista testimoniable en un futuro previsible?

La respuesta no releva sino accesoriamente a Estados Unidos. Depende en primer lugar de la capacidad de los doce de transformar su comunidad económica, en vías de realizarse, en una comunidad política. Tal fue el objetivo ambicioso del encuentro del 9 y 10 de diciembre de 1991 en Maastricht. Un objetivo que no fue sino parcialmente realizado. El tratado de Maastricht marcó una etapa capital dentro del proceso de la construcción europea, pero no fue lo suficientemente lejos para que naciera el pilar europeo

que las relaciones trasatlánticas necesitan. Otros progresos, otros acuerdos serán necesarios.

El tratado de Maastricht merece un examen atento en materia de sus efectos respecto de las relaciones entre Estados Unidos y Europa.

Una observación preliminar se impone: la reunificación de Alemania no ha anticipado, como algunos lo predecían, la muerte de la construcción europea. Al contrario, aceleró su construcción. Alemania no se desprendió de la Comunidad para evitar las confrontaciones que ello implicaba y para jugar sola en la Europa poscomunista el papel del más fuerte. Sus compañeros, por su parte, no se dejaron detener por el miedo de que ella dominara las estructuras comunitarias. Ciertamente, reunificada y sin la amenaza del arsenal soviético sobre su seguridad, la República Alemana adquirió un peso nuevo en Europa. Lo vimos en el alza de las tasas de interés en 1991 y 1992, como también con ocasión del reconocimiento de Eslovenia y Croacia. Algunos se sorprendieron a ambos lados del Atlántico. Pero sería una torpeza dramatizar. Las tendencias nacionalistas que se observan en Alemania no la llevaron a mostrarse reticente en Maastricht. Al contrario. Fue el canciller Kohl quien se convirtió en el abogado más determinado de la Europa integrada. Antes bien fue Inglaterra quien frenó, apoyada por Francia, algunos temas como la extensión de los poderes del Parlamento o de la Comisión. El progreso que los acuerdos de Maastricht aportó a la construcción europea se inscribe en dos planos: el de la Europa económica y el de la Europa política.

El principal logro es monetario, nivel en el que los avances son decisivos. Los compromisos adquiridos y los plazos fijados son, en efecto, tan precisos y tan apremiantes que la marcha hacia la unión monetaria puede ser considerada como irreversible. Es conveniente, para que así sea, que muchas condiciones sean llenadas.

Hacia falta que los mecanismos de la futura unión monetaria, comenzando por la composición, los poderes y la independencia de la futura banca central europea, fueran definidos con precisión como lo han sido hasta en el más pequeño detalle. Igualmente, hacia falta que la decisión que llevara a la moneda única no requiriera la unanimidad sino el acuerdo de la mayoría de miembros de la Comunidad, como efectivamente se aprobó.

Por último, se requería que la moneda europea pudiera ver la luz, aun cuando una vez llegado el momento, los doce países no cumplieran con todas las condiciones exigidas en materia de equilibrio financiero, de estabilidad de precios o endeudamiento y así fue acordado, amén de la fijación de plazos precisos en virtud de los cuales la unión monetaria entrará en vigor el primero de enero de 1997, si siete de los doce países pueden y quieren. Si no, nacerá, no importando lo que pase, el primero de enero de 1999.

El alcance de estas decisiones no es solamente económico. También es político. Quien habla de moneda única habla de convergencia obligada de elecciones financieras y fiscales y, por tanto, de acercamiento ineludible de las políticas del Estado en todas las áreas. La moneda única será un irresistible "acelerador de la unión".

La única sombra que se proyecta sobre el camino de la unión monetaria, es la incertidumbre de la coyuntura económica. Sería una torpeza subestimarla. No se puede excluir que la recesión, si se prolonga y agrava, conducirá a la CE hacia políticas divergentes, laxas para algunos (Italia, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Luxemburgo), rigurosas para otros (Alemania, Holanda). Si esto fuera así, la puesta en marcha de la moneda única podría retardarse. Pero la determinación de los Estados, con excepción de Gran Bretaña y Dinamarca, de respetar los plazos fijados, es tan grande, que esta eventualidad podría ser considerada como muy improbable.

Debilidad política de Maastricht

LA ACCIÓN POLÍTICA DE MAASTRICHT fue, por comparación, relativamente modesta. Las decisiones en principio fueron ambiciosas, las declaraciones de intención sonoras. Pero no hubo compromisos concretos o reglas comprometedoras.

Los Doce se afirmaron decididos a conducir una política exterior y de seguridad común. Ciertamente el día en que este compromiso sea adquirido, un paso inmenso se habrá dado en dirección a una Europa Federal. Pero las disposiciones tomadas para llevarla a cabo no incitan al optimismo. La política exterior continuará, en efecto, realizando la cooperación intergubernamental tradicional y no los procedimientos y las instituciones comunitarias, mucho más eficaces, creadas por el tratado de Roma. Es decir, que las decisiones continuarán siendo tomadas por unanimidad. Nada, dentro de estas condiciones, garantiza que los Doce harán prueba de mayor unidad y de voluntad en el futuro o que afinarán los medios materiales más allá de lo visto durante la guerra del Golfo o, ahora, de cara al drama yugoslavo.

Algunas disposiciones testimonian, verdaderamente, mayor audacia, como es el caso del procesamiento de las "acciones comunes" creado por los acuerdos de Maastricht. Proceso innovador en el cual los principios, los objetivos, los medios y la duración deberán ser determinadas por el Ministro de Asuntos Extranjeros y reglamentado por unanimidad, pero que podrá ponerse en práctica a través de una mayoría calificada. El adelanto es significativo, pero las precauciones tomadas son tan apremiantes que uno podría preguntarse sobre las oportunidades que tendrán los países comunitarios de recurrir frecuentemente a tales "acciones comunes".

Los acuerdos de Maastricht disponen, por otra parte, que la defensa, que hasta ahora no estaba comprendida en el interior del campo de competencia comunitaria, será en adelante una de sus partes. Decisión importante para el futuro, pero de la cual los Doce no derivarán consecuencias inmediatas, como sería el caso de poder encomendarle a la Unión de Europa Occidental (UEO) la misión de ser el brazo militar de la Comunidad y de transferir su sede de Londres a Bruselas.

La salida práctica de esta decisión dependerá en gran parte de Estados Unidos. Ninguno de los miembros de la CE desea provocar o acelerar la separación americana de Europa; de ahí que los acuerdos de Maastricht

afirmen sin ambigüedad que ninguno de sus desarrollos atentará contra la OTAN. Será de la incumbencia de Estados Unidos reflexionar sobre la importancia y sobre la forma de su vinculación militar futura con Europa. Si esta debe, en un futuro previsible, ser conducida a una presencia simbólica, será mejor que Washington asuma rápidamente las consecuencias, en lo que concierne a la estructura de la OTAN y sobre el rol futuro que la CE está llamada a asumir. Europa está psicológicamente dispuesta a asumir sus responsabilidades en materia de seguridad. Pero un verdadero pilar europeo de defensa no será posible sino cuando Estados Unidos dé la señal y bajo la condición de que las nuevas estructuras erigidas no debiliten la sólida unión entre las dos costas del atlántico, a la cual el Viejo continente pertenece hoy tanto como ayer.

El problema inglés

LA ACTITUD DE LA GRAN BRETAÑA toma dentro de este contexto una importancia evidente. Desde luego, las reservas que ella manifestó en Maastricht tanto sobre la unión monetaria como sobre las cláusulas sociales que componían los acuerdos, ponen en duda la sinceridad de su compromiso europeo y cuestionan si ella estaría dispuesta a aceptar acercarse a la concepción federal que Alemania y Francia tienen del futuro europeo. Gran Bretaña se ha acercado un poco más en los dos últimos decenios y la posición de John Major en Maastricht obedecía, en parte, a las tensiones de la política interna de su partido. Es probable que la Gran Bretaña escoja, en definitiva, no aislarse del continente y termine por aliarse, con mayor o menor voluntad, a las iniciativas tomadas por Francia y Alemania. Pero es cierto que su evolución será tanto más rápida y privada de segundas intenciones si Estados Unidos decide respaldar el proceso europeo y apoyarse en él.

Extensión y reforma institucional

ESTE PROCESO IMPLICA, HAY QUE SUBRAYARLO, un imprevisto que es imposible ignorar: la probabilidad de una extensión de la CE hacia la Europa escandinava y hacia la Europa del Este. La tinta de los acuerdos de Maastricht no tendrá, en efecto, el tiempo necesario para secarse antes que las negociaciones para la adhesión a la Comunidad de Suecia y de Austria se inicien. Eso animará a Polonia, a las repúblicas checa y eslovaca y a Hungría a aumentar su presión para que también ellas sean admitidas. Surge a partir de esto una pregunta: ¿las estructuras que la Comunidad adquirió en Maastricht serán lo suficientemente sólidas para resistir los traumatismos que las sucesivas extensiones le causarán? La respuesta es sin duda claramente negativa.

Si la CE quiere conservar y desarrollar la capacidad de decisión y de acción que comenzó a adquirir, abriéndose a nuevas adhesiones, deberá encarar previamente la reforma profunda de las instituciones comunitarias, las cuales deberán ser dotadas de un poder ejecutivo digno de su nombre, incluir la generalización del voto para la mayoría y explorar las vías y los medios de una geometría variable que permita, sin debilitar a la Comunidad, que

los más resueltos avancen sin dejarse paralizar por los más tímidos o los más débiles. Pero Europa no se convertirá en un compañero confiable para Estados Unidos y para el Japón sino cuando ella sea capaz de relevarlos.

Un directorio para los tres

FRENTE A LOS TEMBLORES QUE PROVOCAN en y fuera de Europa la caída del sistema y del imperio soviéticos, dos actitudes son posibles.

La primera tiende a preservar tanto como pueda las estructuras creadas para resistir el expansionismo comunista, con libertad para adaptarlas allí donde sea necesario. Estructuras que ya fueron probadas pueden ser utilizadas para otros fines. Esta es una posición prudente.

La otra actitud consiste, a partir de los cambios que se han producido, en exponer una arquitectura nueva, más adaptada a las exigencias de la situación presente y futura. Es la posición ambiciosa. ¿Sobre qué orden internacional puede llegar a desembocar? Sería prematuro decidirse. Pero hipotéticamente podría decirse que ese orden no será, contrariamente a lo que algunos afirman, ni unipolar (a Estados Unidos le falta contar con la voluntad política y los recursos económicos necesarios para el ejercicio de la función de "guardián del mundo") ni auténticamente multipolar (la supremacía militar norteamericana le asegura por mucho tiempo un rol de *primus inter pares*).

Un sistema mixto parece más probable. Existirán las huellas de un "directorio de continentes", actuando sobre la cubierta jurídica y moral de las Naciones Unidas y bajo la dirección efectiva de Estados Unidos.

Todavía hace falta, para que tal directorio surja y sea aceptado, que Europa esté presente, no dentro de la estructura "explosiva" que nosotros le conocemos, sino como un conjunto homogéneo y unido sobre el cual Estados Unidos y Japón podrán apoyarse y, en caso de no poder, al menos si logren aliviar sus cargas. Por tanto, uno de los objetivos de la política exterior de Estados Unidos podrá ser (y debería ser) el de contribuir al nacimiento de su compañero europeo.